

nuestro amantísimo y benignísimo Padre, y descansemos tranquilamente en su seno, diciendo con David: Dormiré en la paz, y descansaré, porque Tú, oh Señor, has asegurado mi esperanza (1).

(1) Psalm. IV, 9, 10.



CAPÍTULO II

Los designios de Dios.

I

LA Creación, la Encarnación, esas obras admirables del Eterno nos están diciendo cuáles son los designios de Dios y las obras que realiza *ad extra*, según el lenguaje de la teología.

Crió Dios el mundo por la gloria de su santo nombre; é hizo resplandecer en él la perfección y la belleza de sus divinos atributos. Bien sabemos que los cielos publican la gloria del Criador, y que anuncia el firmamento, la grandeza de sus obras. David cantó esa gloria en sus hermosos salmos, con los más delicados acentos de una armonía celestial; oigamos cómo bendice á Dios en uno de ellos:

Oh Señor Dios mío, Tú te has engrandecido y te has revestido de gloria y majestad. Estás cubierto de luz como de un ropaje; extendiste los cielos como un pabellón.—Haces de las nubes tu

carroza, y vuelas sobre las alas de los vientos. Haces que tus ángeles sean veloces como el viento, y tus ministros activos como fuego abrasador. Cimentaste la tierra sobre sus propias bases; jamás perderá su nivel. Brotan las fuentes en los valles; y se filtran sus aguas por en medio de los montes... Crió el Señor la luna para arreglo de los tiempos, el sol se dirige á su ocaso. Tú ordenaste las tinieblas y quedó hecha la noche; en ella transitarán las fieras del bosque; mas al despuntar el sol se dirigen en tropel á sus guaridas. Sale el hombre á su trabajo, y en él permanece hasta la tarde. ¡Oh Señor, y cuán grandiosas son todas tus obras! Todo lo has hecho con sabiduría, y de tus riquezas está llena toda la tierra. Tuyo es el mar, tan grande y de anchurosos senos; viven en él innumerables peces... (1). Mas ¿á dónde vamos? Al contemplar la innumerable multitud de las criaturas, y la arrobadora y perfecta belleza con que brillan las obras del Eterno, tenemos que elevar hasta su trono cánticos de amor, de admiración y de alabanza: ¡Oh Señor, cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra!; tu magnificencia resplandece más allá de los cielos; y sin embargo recibes con agrado las alabanzas de los niños, de los humildes de corazón.

Ha sido la creación, para los Santos, un libro abierto donde leían, con santa complacencia, los divinos atributos del Criador. El poder de Dios ostentaba una magnificencia incomprensible; y su

(1) Psalm. CIII.

sabiduría infinita iluminaba sus almas con una luz purísima y hermosa; y el amor divino los encendía en su sagrado fuego.

Contemplemos ahora á nuestro gran Patriarca, á ese hombre de oración: ¿qué sería para él la virtud omnipotente del Eterno, y la purísima luz de su ciencia, y las llamas de la caridad divina? Serían, sin duda, objetos de su adoración y su alabanza, de acción de gracias, y del ejercicio de las más sublimes virtudes.

Pensando en las obras de Dios, el corazón de José rebosaría de inmensa dicha; en ese corazón moraban, como en su propio domicilio, la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu santo; porque todo lo hallaba en las obras de Dios, que están dispuestas con medida, número y peso, porque sólo El tiene siempre á la mano el sumo poder; ni hay quien pueda resistir á la fuerza de su brazo; porque todo el mundo es, en su presencia, como un granito en la balanza, y como una gota de rocío que por la mañana desciende sobre la tierra; y El tiene misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puede; y disimula los pecados de los hombres á fin de que hagan penitencia; y ama todo cuanto tiene ser; y nada aborrece de cuanto ha hecho; y nada se conserva sin su orden; y suyas son todas las cosas; y El es el amador de las almas (1).

El poder, la bondad, la misericordia y el amor de Dios formaban en torno de José, como una at-

(1) Sap., XI, 21-27.

mósfera en la cual respiraba, pensando en Dios, amando á Dios, y elevando hasta su trono los más dulces y armoniosos cantos de amor y bendición. ¡Qué vida la suya tan hermosa y tan llena de virtudes, tan agradable á Dios nuestro Señor! Si de nuevo contemplaba la creación, José llamaba á todas las criaturas á bendecir con él la magnificencia y la gloria del Criador. Llamaba á su propia alma, y le dirigía estas palabras de David: Bendice al Señor, alma mía, y bendigan todas mis entrañas su nombre santo. Bendice al Señor alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios... El es quien te corona de misericordia y de gracias; quien colma con sus bienes tus deseos; para que se renueve tu juventud como la del águila. El Señor hace mercedes y hace justicia á los que sufren agravios... Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen... Su misericordia permanece *ab aeterno*, y estará para siempre sobre aquellos que le temen.. Bendecid al Señor todos vosotros, oh ángeles suyos, vosotros de gran poder y virtud, ejecutores de sus órdenes, y que estáis prontos á obedecer la voz de sus mandatos. Bendecid al Señor todos vosotros, los que componéis su celestial milicia, sois sus ministros y cumplís su voluntad. Bendecid al Señor todas sus criaturas dondequiera que os halléis; y tú, alma mía, bendice al Señor (1).

¿Era terrena ó celestial la vida de José? No vivía para sí mismo, sino para Dios, á quien se acer-

(1) Psalm. CII.

caba diariamente, meditando en las grandezas de sus obras: las criaturas le llevaban al Criador; le hablaban siempre de Dios, si así podemos decir, y le atraían á El con una dulzura inexplicable. Si en las criaturas descubría José las maravillas del poder divino, y la sabiduría y el amor del Eterno, esas criaturas le decían entonces: *Ipse fecit nos et non ipsi nos*. Contempla en nosotras la huella luminosa del Criador, y en ti mismo su imagen soberana.

La imagen de Dios en el alma de José es una maravilla encantadora; esa imagen se nos presenta llena de majestad y de grandeza, llena de dulzura y de misericordia; lo primero, porque tendrá que representar en la tierra la persona del Padre Celestial, y lo segundo, porque habría que dispensar á los miserables y necesitados, el socorro de su santo patrocinio.

Preguntemos ahora, refiriendo á nuestro aprovechamiento la materia de este capítulo: ¿es para nosotros la Creación el libro en que leemos diariamente las maravillas del poder divino, y la sabiduría y la bondad de Dios, como lo hacía José? Y ¿bendecimos como él, y glorificamos á nuestro Dios querido, por su infinita grandeza, y por ser El quien es, el único Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles? ¡Ay de nosotros! Podrá decírsenos tal vez, que tenemos ojos y no vemos, que tenemos oídos y no oímos...

Eleveamos nuestras miradas á José, y pidámosle que nos alcance gracia y luz para descubrir en

todas las obras del Señor sus divinos atributos, y para bendecirle y darle gracias por su infinita gloria.

II

¿Qué podremos decir acerca de la Encarnación del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que no sea demasiado humilde y sencillo, y en verdad indigno de un misterio tan profundo y en el cual resplandecen la misericordia y el amor de Dios, y su sabiduría infinita, y su virtud omnipotente, con una majestad incomprensible y con una luz que ofusca á toda inteligencia? No diremos sino lo que la Iglesia nuestra Madre nos enseña y que será suficiente para nuestro objeto.

Dios ha venido al mundo y se ha hecho hombre para redimir á los hombres del pecado, para salvar al mundo y remediar los males que le trajó la culpa primitiva. Es, por tanto, la Encarnación, una prueba magnífica y brillante del amor que Dios nos tiene. Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en El no perezca sino que tenga la vida eterna (1).

No puede medir la inteligencia, la grandeza del amor divino que resplandece en el misterio de la Encarnación; porque Dios es el ser de los seres, cuya dignidad es infinita, y no tiene necesidad de sus criaturas, y éstas son como si nada fuesen de-

(1) Joann., III, 16.

lante del Eterno. Aún hay más, la santidad de Dios es incommutable, es perfectísima; y al encarnarse el Verbo se hacía hermano de los hombres pecadores; y el Padre celestial tendría que poner sobre su Hijo Unigénito todas nuestras maldades; y este Hijo Unigénito sería la víctima de propiciación por nosotros.

No puede haber insuperable obstáculo á los decretos del Eterno, á los designios eficaces de su amor divino; por esto ni la distancia infinita que media entre el Criador y la criatura, ni la majestad soberana del Eterno, ni la pequeñez y la nada de nuestro ser, ni las ignominias del pecado pudieron detener en su camino al Hijo de Dios que vino á redimirnos.

El Hijo de Dios trajo al mundo el fuego del amor divino, y fué su voluntad encender en ese fuego á todos los hombres; mas no todos habrían de participar en igual medida de los dones de Dios; ni corresponderían con la misma fidelidad á la divina gracia. Uno es el Señor, dice san Pablo, una la fe, uno el bautismo, uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y gobierna todas las cosas, y habita en todos nosotros, si bien á cada uno se le ha dado la gracia según la medida de la donación de Jesucristo (1).

Pongamos ahora los ojos en José, y preguntemos: ¿cuál es la medida de la gracia divina que el Señor derramó en el alma de este Santo, y hasta dónde llegó á penetrar en su corazón el fuego del

(1) Ephes., IV, 5-7.

amor sagrado?—La abundancia de esta gracia y las sagradas llamas de aquel fuego, estaban sin duda en relación con los designios de Dios sobre José; porque aquellos á quienes Dios elige para alguna cosa, los prepara y dispone de modo que se hallen idóneos para lo que son elegidos, según estas palabras del Apóstol: Nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento (1).

Esta doctrina del Doctor angélico, la hallamos también en san Bernardino de Sena, que dice lo siguiente: En la dispensación de las gracias singulares, es regla general que á las personas elegidas para recibir las, ó para constituir las en algún estado sublime, se den todas las prerrogativas y excelencias que les correspondan, que son necesarias para desempeñar su cometido, y que las engalanan y hermocean con profusión. Esto se verificó singularmente en Señor san José, elegido por el Padre celestial como fiel nutricio y custodio de sus más ricos tesoros, Jesucristo nuestro Señor y la Inmaculada Virgen María (2).

El cargo de nutricio pedía en Señor san José una vigilancia infatigable y continua, y una solicitud que no le dejase descansar. Dios, pues, le enriqueció con las gracias necesarias para que fuese vigilante y solícito en la custodia de los riquísimos tesoros que había puesto en sus manos.

Mas la vigilancia y la solicitud del gran Patriarca, no eran las de un mercenario; servía á

(1) II Cor., III, 6.—P. 3, q. XXVII, a. IV.

(2) De S. Joseph.

Dios por amor, porque esa era la voluntad del Padre celestial; y ese amor era también un don excelentísimo que había recibido, porque Aquel de quien era nutricio, era el Hijo de Dios.

Desde este punto de vista, el cargo de Señor san José como nutricio del Hijo de Dios nos descubre una belleza encantadora, y ésta es la que le dan las gracias y virtudes con que Dios nuestro Señor quiso engalanar el sublime y honrosísimo cargo á que nos referimos.

Si queremos contemplar un instante la hermosura de esas gracias, pongamos en José nuestras miradas. No duerme ni descansa, por decirlo así. En el día no piensa en otra cosa que en el Niño divino y en su santa Madre; y durante la noche ni en su sueño apacible y delicioso, los llega á olvidar su corazón: Yo duermo, pero mi corazón está velando, podemos decir también de nuestro Santo; porque nunca olvida el verdadero amor, el amor de un santo, que sin cesar le está pidiendo que ame á su Dios, que le consagre sin interrupción sus caricias y ternuras. Y cuando el sueño ha pasado, continúa José pensando en Jesús y en María.

José no se ocupa solamente en pensar en el precioso depósito que el Padre le ha confiado: ocúpase asimismo, y con una solicitud muy amorosa, en procurar el bienestar del Niño y de su Madre; trabaja por ellos sin descanso: ¿sin descanso hemos dicho? ¡Ah! que ese trabajo que inspira, sostiene y corona un amor delicadísimo y sublime como era el de José, casi no parece com-

patible con el cansancio que agobia y nos deja sin aliento. El amor es una fuerza que no sólo vigoriza el alma, sino también el cuerpo; bálsamo sagrado que unge nuestro cuerpo y le presta un vigor desconocido y siempre nuevo.

Si hubiésemos visto alguna vez á nuestro Santo, ó bien durante las horas del trabajo, ó cuando estaba conversando, santa y deliciosamente con Jesús y María, sin duda habríamos conocido algunas maravillas que realizaba el amor en su alma. ¡Qué miradas las suyas tan llenas de ternura! En ellas les dice cuánto es el amor que les tiene. Parece que está esperando una palabra para cumplir al instante lo que se le diga. Quisiera adivinar, por expresarnos de este modo, los deseos de esos seres que le son tan queridos; y aun quisiera prevenir esos deseos: que á todo esto nos lleva el verdadero amor.

Jesucristo, nos dice el Príncipe de la teología, en cuanto hombre era dirigido inmediatamente por el Verbo de Dios; y por lo mismo no necesitaba de la guarda de los ángeles. Además en cuanto al alma era comprensor, aunque viador por razón de la pasibili-

de. No le era debido un angel custodio como superior, sino más bien un ministro como inferior (1). Sin embargo de esto, quiso que José fuese su ministro, que le atendiese en todas las necesidades de la vida, que le consiguiese toda su existencia, ocupándose siempre en su servicio. Así lo

(1) Cap. 6.º CXIII. a. IV. ad 1.

hizo en efecto el gran Patriarca, que no vivió sino para cuidar y atender al Hijo de Dios y á su divina Madre.

La vigilancia y la solicitud de José, y su amor, y las otras virtudes de que hemos hablado, fueron gracias singulares que directamente se relacionaban con el cargo que Dios le había confiado respecto de Jesús y de María. Ese cargo, ese ministerio de sublime grandeza y de una confianza incomparable por parte de Dios nuestro Señor, si puede dársele ese nombre, derramaba en el alma de José nuevas gracias, en verdad preciosas y de una excelencia admirable; porque cuanto más nos acercamos al principio en un género cualquiera, participamos con mayor abundancia del efecto de ese principio. Ahora bien: Jesucristo es el principio de la gracia por su propia potencia como Dios, é instrumentalmente como hombre (1); por lo mismo el que más se acerque á Jesucristo, recibirá con mayor abundancia las comunicaciones de la gracia. Nadie se acercó á su Majestad como su inmaculada y santa Madre, que recibió la gracia con toda plenitud; mas, después de Ella, se pre-

sentó el Nutricio de Jesús, el Custodio de los riquísimos tesoros del Padre celestial. Dejada al Hijo de Dios de encargarse con los más preciosos dones de los cielos, y al todas las gracias se nos comunican por medio de María, esta santísima Señora pendida sus ojos en otro alguno antes que en José, su esposo fidelí-

(1) Cap. XXVI. = 35.

mo, á quien amaba con el más santo y generoso amor?

Recibía pues el gran Patriarca las divinas gracias, no sólo en su misma fuente, que es el Hijo de Dios, sino además éstas le llegaban por medio de María, de cuya plenitud, dice san Bernardo, todos recibimos.

La vigilancia y la solicitud son las grandes virtudes que tenemos que aprender en la conducta de José. Somos siervos, somos hijos de Dios, El es nuestro Señor y Padre; tenemos que servirle y amarle; mas ¿cumplimos nuestras obligaciones como cumplía las suyas el gran Patriarca con una solicitud tan llena de amor y de ternura y con una vigilancia que no llegaba á descansar? El Apóstol decía á los Romanos: No seáis desiduosos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos en el espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís (1). Y á los fieles de Efeso: Haced en todo tiempo con espíritu y fervor continuas oraciones y plegarias; y velad con todo empeño, y orad por todos los Santos (2).

Al recordar estas sublimes enseñanzas nos llenamos de confusión y de vergüenza; pues la conciencia no nos da un testimonio que nos deje satisfechos; ni la solicitud ha desterrado de nosotros la pereza, ni la vigilancia nos ha acompañado en todo tiempo. ¿Por qué no acudimos al patrocinio de nuestro glorioso Santo; por qué no le pedimos

(1) XII, 11.

(2) VI, 18.

que nos obtenga del Señor esas santísimas virtudes que tan admirable le hacen entre todos los Santos?

Acordémonos de estas palabras de la Escritura divina: Dichoso el que vela y guarda bien sus vestidos (1); y tengamos entendido que cada uno recibirá el premio según su trabajo, teniendo presentes estas palabras de san Pablo: Trabajad más y más en la obra del Señor, pues sabéis que delante de El vuestro trabajo no quedará sin recompensa (2); y al fin de la jornada de la vida podremos decir: Ved lo poco que hemos trabajado y hemos adquirido un gran descanso (3).

Por lo demás, el trabajo que consigo trae la solicitud será para nosotros como nada, y casi no sentiremos su peso si nos alienta el amor. Y en la vigilancia hallaremos consuelo y delicia; porque Aquel á quien servimos es el objeto de todo nuestro amor. Allí está, para probar lo que decimos, nuestro amado José; si caminamos sobre sus huellas, una dichosa experiencia nos hará recordar que: Servir á Dios es reinar; y el reino de Dios no está en el manjar y en la bebida sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu santo (4).

(1) Apoc., XVI, 15.

(2) I Cor., XV, 58.

(3) Eccli., LI, 35.

(4) Rom., XIV, 17.